

SECCION LITERARIA

CARNAVAL

A Rafael Vaca Solorio,

¡Carnaval!:

pirotecnia de luces y de carnes,
milagro de confetti y de claveles,
resurrección de flautas y de risas,
emporio de alegrías y de bellezas.

¡Carnaval!:

estilizaste en todas las caretas
las indomables muecas del espíritu!
... pasaste por las calles y las plazas
un oculto dolor borrando a todos,
con tu corte de clowns y colombinas
y todos tus deformes cuasimodos.

¡Nocturno cabaret!:

el hambre oficia
en una rara comuña de canes,
— détritros de la escoria y de los fangos —
se abrazan meretrices y truhanes
obedientes al ritmo de los tangos.

Noctámbulos gígalos

olorosos a mugre y a narcizo,
maestros de la crápula y del vicio
que llevan en su traje la protesta
rebelde de los míseros harapos
aspirando al jaquet de los magnates.

Mujeres que alquilan esa noche
lujosa indumentaria de aristócratas
para ataviar su carne flagelada
por los siete pecados capitales;
carne donde los sátiros dejaron
estampadas las huellas digitales.

¡Reina del arrabal!

... una mujer que lleva en las pupilas
coagulada la perla de una lágrima;
el flácido temblor de sus caderas
es un himno de pétalos caídos;
¡bajo su desnudez hay una historia!
y a través de su danza se adivina:
el galán que se fué sin despedirse,
el paro de una fábrica

y un rosal transformado en una espina.

El Rey Feo:

un hampón

que aprendió gestos de histrión
en el guiñol del hambre;
le cubre el triste andrjajo que le cuelga
un haz de fuertes nervios ya deshecho;
¡el Rey Feo!

un hampón

que guarda en el arcón de sus memorias
los trágicos recuerdos de una huelga.
¡Olor de humo, de coito, de miseria!
en un rincón dormitan unos cuantos,
borrachos de alcohol y de cansancio.

En la ciudad la noche se hizo trizas
contra de los letreros luminosos;
la urbe se incendió con las miradas
de sus mujeres bellas
que arrojan al asfalto de las calles
los cristales sonoros de sus risas.

El buen Momo contempla satisfecho
el desfile de senos y de charros,
¡batallas de confetti y serpentin,
el folklórico traje de los charros
y el rojo zagalejo de las chinas!

En los clubs y casinos
se derraman la sidra y el champán,
sortilegios de risas y colores
entre el brindis, la copa y la canción.

Y los hijos de nadie, del arroyo,
los descendientes del amor proscrito,
los que tienen su hogar en el suburbio
y por techo el cristal del infinito,
se llevaron a Momo a sus imperios
para darle el ritual de la tristeza
envuelto en el disfraz de la miseria.

Y mientras los burgueses en las calles
coronan a una reina y a un "rey feo",
coronan a una reina y a un "rey feo",
y entierran esa noche el "mal humor",
dentro del cabaret, los irredentos
sepultan al cadáver del ensueño
y hace su aparición
en el salón
su Majestad: el Hambrero.

Hampón:

ayer brero,
carne de proletario,
hoy ratero,
mañana presidiario.

Meretriz:

regalo de hospital,
ayer trabajadora,
¡pobre cabaretera,
espera... espera...
en las pupilas llevas una aurora
y en el alma, tejida, una bandera.

¡Carnaval!:

estilizaste en todas las caretas
las indomables muecas del espíritu!
pasaste por las calles de la urbe
con tu corte de clowns y Colombinas,
y tu marcha triunfal de cuasimodos.
una vieja emoción dejando a todos

EL MAESTRO SIN PULSO

"Dale tu hijo a un esclavo,
y en vez de un esclavo tendrás dos — decía Séneca.

El magisterio nacional ofrece un caso de lamentable masoquismo. Una abulia, peligrosa por su trascendencia ineludible en el alma de las nuevas generaciones, es la manifestación clínica más visible en el cuerpo magisterial. Pesa sobre ellos la maldición del silencio. Sus vidas tienen la tristeza del péndulo.

Hay algo de hondamente peligroso en esa instrucción anémica, sin el aliento revolucionario del forjador. Sacristanes, así, de la cultura, su obra no imprime a la nueva conciencia de la juventud esa inspiración creadora que es el espíritu vibrante del progreso y fuerza constante de superación liberadora, sino esa clásica molición que enfatua y que esclaviza. Entonces, vale decir, nuestros maestros, dóciles instrumentos de la barbarie política que ha venido rigiendo los destinos del país, no han hecho otra cosa que domesticar a nuestros jóvenes para la servidumbre política de adentro y el vasallaje de los imperialismos de afuera.

Desde estas páginas que son hoy tribuna de sindicación por el daño que su cobarde mansedumbre puede inferir en el organismo social, y que serán también para luchar por su liberación, nosotros acusamos a los maestros de escuela de aceptar conformes ese papel anti-social y abyecto de bueyes de la docencia.

Reducidos sus emolumentos a una ración para mendigos por la avaricia sórdida del ex-Presidente Arias, el Magisterio guardó el más cobarde silencio.

Calumniado, perseguido, menospreciado por los paniaguados y sibaristas de la dirección del Ramo, y por los caciques degenerados de la aldea, el Magisterio ahogó su dignidad en el silencio de su masoquismo.

Ante la confusión administrativa y la mezquina inversión de los valores docentes producida por la impudicia de los falsos mentores de la pedagogía oficial, el magisterio se ofrece como víctima propicia en su silencio fatal.

Relegado ostensiblemente al plano de las desconsideraciones más humillantes como los servidores de menos significación para el estado; negados sus derechos a percibir los sobresueldos atrasados por una cuadrilla de diputados insaciables, obedientes a la voz del sectarismo más inicuo y salvaje, el magisterio sigue en su silencio hierático, como los bueyes dóciles que no saben nunca para qué son sus cahos.

Y estos son los maestros que han de vivir y proyectarse en nuestros hijos... "Dale tu hijo a un esclavo, y en vez de un esclavo, tendrás dos".

En Costa Rica, una vez, los maestros hicieron una revolución para ocupar su puesto en el organismo social y los maestros de Costa Rica están haciendo la grandeza de su país.

A raíz de la caída de Machado, había en el ambiente aún el humo de los proyectiles y sobre las baldosas agrietadas no se había descuajado aún la sangre libertadora, cuando los maestros de Cuba elevaron su profeta viril y concreta que decidió el mejoramiento que la realidad del movimiento indicaba como un imperativo para el educador cubano.

Son los maestros la falange de la vanguardia en la prodigiosa transformación de México. Maestro con el fusil al

hombro, en defensa de la cultura contra la barbarie clerical y capitalista; maestros colgados de los árboles por las sotanas asesinas o traspasados el vientre por la daga traidora del mayoral servil; maestros de recia estirpe prometeana, en las tribunas más altas del pensamiento construyendo adentro para la libertad, que es civilización y cultura, y empinados desde la cumbre de la fraternidad revolucionaria, mostrando a los magisterios castrados de América la verdad de México y el camino único de la redención humana.

Ah! maestros de mi país: si el ejemplo viril de los maestros de estos países fuera para vosotros la palabra de Lázaro!!...

ROMANCE DE HIERRO Y DE SANGRE

—ooOoo—

—Por H. Espinosa Altamirano—

—ooOoo—

¡O triunfan férreos tiranos,
o vence la España roja...
¡España mía de Séneca,
mi España de Covadonga,
la que fundiera Pelayo
con los bronce de la aurora,
la que detuvo en Lepanto
el alfanje de Mahoma.

Tierra regada con sangre
de razas conquistadoras.
Pasan las rojas conquistas
y siempre España está sola,
que no mengua su valía
ni el triunfo ni la derrota,
¡y es más grande vencida
que dueña de cien colonias!...

Pasan las férreas legiones
de la del Mundo Señora:
tiempo después va Trajano
a ser el señor de Roma.
Llegan los hombres de bronce
y se despierta una aurora
de cultura, que florece
en las mezquitas de Córdoba.
Anibal, los Visigodos,
—el genio y las blancas hordas—
todq se funde en España
como en crisoles de forja.
Para fundir el acero
de nuestra estirpe española,
se vertieron sobre España
los metales de la Historia.

El oro rubio de América
pudrió la fuerza española.
El fanatismo orinó
la hoja de su tizona.
Y el rey y la nobleza
y la estirpe de Loyola,
hicieron de un pueblo fuerte
un cadáver de la Historia.

Mas los pueblos nunca mueren,
menos, la raza española,
que hundió raíces eternas
en las entrañas de Europa.

Ahóra despierta España
y destroza las coronas
de los Borbones famélicos
y los templos de Loyola.
Ahora despierta España,
la España bravía y tosca,
la España que tiene hambre
y teniendo hambre razona,
y razonando destruye
los hierros que la aprisionan.

El pueblo se ha despertado
la sangre corre, borbota
La masa se ha despertado,
tiene furros de loba,
¡contra el rostro del fascismo
el puño obrero rebota!

No pueden los viejos ídolos
detener la roja ola.
El pueblo lucha sin tregua
y ya España no está sola.
Luchan al lado del pueblo
Las masas todas de Europa.
Se está jugando en España
el destino de esta hora:
¡o triunfan férreos tiranos,
o vence la estrella roja!...

HA CAIDO UN HOMBRE

—ooOoo—

Cuando me lo dijeron no quise creerlo. Y es que esas cosas parecen siempre increíbles cuando, todavía, no se tiene atrofiado el corazón... ¡Durruti, "nuestro" Durruti, ha muerto! Lo repito. No quise creerlo. Y, sin embargo, era bien cierto....

¡Buenaventura Durruti ha muerto!

Nuestro querido camarada, ha caído, en tierras madrileñas, víctima de una bala traidora y criminal....

Nuestros labios crispados en irremediable rictus de amargura, una amargura preñada de odio— odio feroz y doloroso, que nos desgarró el corazón y convierte en hiel los últimos resabios de piedad que pudieran quedarnos—, musitan su nombre....

¡Buenaventura Durruti ha muerto!

Pero... ¿ha muerto, de veras? ¿Es posible que haya desaparecido para siempre aquel bravo luchador que todos admirábamos?

¡No! Durruti, "nuestro" Durruti, no ha muerto! Su alma, recta y varonil, vive todavía entre nosotros.

Los hombres como Durruti no mueren, ¡no pueden morir! porque su espíritu —lo único válido realmente— es inmortal. Como el Ave Fénix mitológica, renace de sus cenizas.

Hoy más que nunca vive Durruti. Vive en el pecho de nuestros milicianos, de esos valientes muchachos que, a su imagen y semejanza, se han jurado morir antes que ser vencidos. Y lo cumplirán, ¡no lo dudes! pues al amor a la causa se ha juntado el horrible acicate de la vergüenza.

Y si el amor es una fuerza, el odio, cuando nace de un sentido justiciero largo tiempo ahorrado, la hace mil veces más poderosa...

Ante el impulso avasallador de un pueblo oprimido y maltratado, que se lanza al combate sediento de justicia y ardiendo en ansias liberadoras, ¿quién puede dudar de la victoria?

¡Descubrid, camaradas! ¡He caído un Hombre!

REMEMBER:

Pasa una columna...
Los milicianos —jóvenes y viejos—
tes en su mayoría— parten, con el
do, hacia la Victoria... o hacia la
Muerte.

Muchos —casi todos—, llevan
rollada al cuello, como enseña
gloriosa, la bandera roji-negra, símbolo
de la Libertad, de esa Libertad
por la cual, gozosos, ofrecen su vida.

Algunos —niños aún— descubren
to el pecho, todavía impúber, el pe
lo alborotado, parecen jóvenes
ellos disfrazados de muchachos.
sus ojos, no obstante, brilla una lu
cesita trémula y ardiente, y en sus
labios, de suaves curvas infantiles,
se cierran con firmeza, signifi
na decisión inquebrantable: o ven
cer, o morir.

Pasa una bandera...

Es una muchacha, una niña casi
quien la lleva. Y yo, víctima de mi
cobardía —esa debilidad sentimental
tal que me sujeta, aun a pesar mío,
junto a unos padres viejos y aban
donados—, la miro con envidia...

Tal vez —musito, a media voz—
un nuevo atardecer como el de hoy
alumbrará su cadáver... y yo...

... Y tú —repite, junto a mí,
na voz lejana, casi olvidada—, con
tinuarás arrastrando, día tras día,
esta humillante, resible y trágica
existencia...

Quedé atónita. ¿Cómo resuenó
"todavía", aquella voz?...
Miré a mi alrededor. Terminad
el desfile, la muchedumbre se dis
persaba, lentamente.

Luego, tampoco "él se ha ido—
pensé—. También "él", como yo,
continúa soportando "eso"... ¡Y
"él" es un hombre!...

Y una oleada de rubor me asoló
el rostro, al pensar que un día—
hace tiempo, mucho tiempo—pude
amarlo...
Ada MARTÍ